

fernal, Gregorio XIII llegó á regocijarse, cual si hubiera sido la noticia de un nuevo Lepanto y quiso que Vasario, el pintor de triste decadencia, dejara en las paredes del Vaticano, como un título de gloria inmortal, el recuerdo siniestro de aquel antropofágico holocausto.

La obra capital de Gregorio fué la correccion gregoriana del calendario. El dominico Ignacio Danti, el jesuita Clavio Bamberg, el médico Luigi Lilio, contribuyeron á esta obra que ha resultado indudablemente perfecta. Pero el mal capitalísimo de semejante Papa consistió en las extorsiones hechas sobre sus vasallos para sacarles excesivos tributos, y en las nubes de alcabalerías mandadas sobre los municipios, y en las nubes de investigadores mandadas sobre los castillos, que volvieron á resucitar los blancos y los negros, los güelfos y gibelinos en las llanuras, los condes de Tívoli con los caballeros feudales en las cumbres; ó debilitando el poder político de los Papas sobre sus Estados y retrotrayéndolo á los tristísimos tiempos de mayor apuro y de mayor angustia. Necesitábase, pues, una mano fuerte, una voluntad férrea, un pensamiento enérgico, un monarca poderoso y combatiente, que devolviera la paz á la dominacion romana sin perder de vista la universal reaccion religiosa, y vino Sixto V.

El conclave que le nombró pertenece á los conclaves mas bien nacionales que católicos en el concepto de controvertirse y tratarse los asuntos nacionales de Italia mas que los asuntos internacionales del Catolicismo, en sus intrincadas sesiones. Las casas reinantes de Italia vuelven á la escena con sus contrarios intereses. Los Gonzagas, los Estes, los Farnesios, los Médicis disputan allí el cuantiosísimo logro de sus respectivos intereses. El duque de Toscana, Cosme de Médicis, impera sobre todos, tanto por el poder natural, que á su ducado régio da la situacion geográfica en el centro de Italia, como por el poder moral, que le dan sus intrigas para captarse á un mismo tiempo la doble amistad y el doble concurso de Francia y España. Y además de los príncipes italianos maniobraban los sobrinos de los Papas recientemente muertos. Lo mismo Paulo III que Paulo IV, lo mismo Paulo IV que Pio IV, lo mismo Pio IV que Pio V, lo mismo Pio V que Gregorio XIII, tienen cada uno su respectiva clientela de parientes y deudos en el complicado y difícilísimo conclave. Habia en las sombras mas espesas de aquella

grande asamblea, y en el rincon mas recóndito, un hombre de humildísimo y pobre origen, mendigo y mendicante, que se habia eclipsado en su miseria, y que semejaba en su triste humillacion y en su profunda humildad, un siervo dócil y sumiso de todos aquellos ensoberbecidos señores. Indiferente á las cosas de este mundo y ocupado solo en las cosas del otro, fraile verdadero por su pobreza y por su vocacion, diríase que no se acordaba de sí mismo y que de antemano sabia cómo la tiara se reservaba en Roma para otros y no para él, fácil de confundir con los últimos criados y dependientes del conclave. Aunque hombre de talento, llamábanle, allí en las antesalas pontificias, el asno de las Marcas, por su resignacion extraña en aquel sitio, donde tanto prevalecia la venganza, resignacion que le habia llevado hasta no quejarse de la muerte violenta infligida por una de las facciones papales á su sobrino predilecto. Tal mote debió justificarlo aun mas en el interregno, pues habiéndole Gregorio XIII privado del plato, que dan los Papas á los cardenales pobres, trabajaba, en ocasion tan suprema, por un cardenal gregoriano. Pero el cardenal, que representaba los intereses del duque de Toscana en el conclave, comprendió la influencia de su señor y jefe, si hacia de tal campesino un Pontífice, y maniobró con tanto arte, veló con tanta vigilia, dispuso los ánimos con tan reflexivo y constante trabajo, que Sixto V resultó elegido, y elegido por adoracion. Pocos hombres de tan extraña procedencia en el mundo. Así como el barro se trueca en huesos, carnes, sangre y nervios; y la sangre llega en sus trasformaciones hasta llamarse humano cerebro; y el humano cerebro soporta la idea y la idea frisa con lo infinito, convirtiéndose los átomos de polvo en algo mas luminoso que las estrellas del cielo, llega Sixto V, desde la cuna mas humilde, y la miseria mas profunda, y la estirpe mas baja y el nombre mas oscuro, á la dignidad suprema de Pontífice; y, ya en esta dignidad, no se contenta con tal satisfaccion, sino que aspira por todos los medios á realizar los ensueños fantásticos inspirados por sus penitencias monásticas en el hondo sepulcro de su celda; y quiere destruir los dos grandes Imperios, otomano y cristiano; reconquistar él solo, con sus fuerzas individuales y propias, el Santo Sepulcro, no reconquistado por los siglos de verdadera fe; hacer de sus sobrinos, pastores y porqueros como él, Reyes del trono de Francia, enlazados con las infantas de España; someter el Egipto y

abrir el istmo de Suez; apagar de un soplo el pensamiento humano emancipado; y destruir, entre sus brazos, las Iglesias luteranas recién establecidas, como si después de haber hecho el gran milagro de llegar por una intervención sobrenatural del cielo á la más alta cima del orbe, creyera que ya no había para él en este mundo cosa alguna que pudiera tener por imposible.

La raza eslava fué la raza de tan extraordinario personaje. Sus abuelos y progenitores, lanzados por el terrible alfanje turco, semejante á un cometa exterminador, de las costas ilirias, refugiáronse á una en las costas itálicas; tristes y miserables, como todas las gentes expulsas, despojadas por las grandes catástrofes sociales del hogar y de la patria. Quien deja el suelo donde naciera, se arraiga tan difícilmente, como árbol desarraigado en el suelo nuevo de su refugio. El abuelo de Sixto V no tuvo motivos de agradecimiento para la segunda patria, donde su extranjería y su miseria le daban una vida bien triste y bien semejante á la que sufriera bajo el yugo abrumador de los infieles. Posados, más bien que establecidos, en Montalto, las muchas deudas contraídas por su nefasta fortuna, le obligaron y constriñeron á dejar tal sitio y á irse á Grotta, cerca de Fermó, en las Marcas, donde cultivaba un huerto de frutales varios y sostenía con sus productos la triste y numerosa familia. Nosotros, los criados en el Mediodía, no tenemos que hacer muchos esfuerzos para imaginar cómo pasa la vida de un arrendatario mísero en los felices climas del Mediodía. ¡Cuán pocas necesidades! ¡Qué sobriedad tan natural y tan impuesta por los ardores del sol y por la misma fertilidad del suelo! El aire allí, cargado de aroma, nutre; la luz, etérea y esplendorosa, bruñe con facilidad el humano cuerpo; las frutas de todas las estaciones ofrecen con su sabor y con su aroma gustoso alimento al paladar más delicado y al más hambriento estómago. Imaginaos una choza, ó una barraca de Valencia, con sus flores á la puerta y su cruz en los triángulos del techo; y tendreis aproximada idea del hogar donde había nacido y se había criado Sixto V. Los naranjos y limoneros bastan para pagar el arriendo; los otros árboles bastan para mantener la familia; el suelo procura toda suerte de hortalizas, cuya mayor parte puede comerse cruda. Los pámpanos de las higueras y de las parras ocultan sus frutas sabrosas, que sirven para el sustento, como las más suculentas carnes en los países del Norte. La mujer cria en es-

trecho corral muchas gallinas, y entre los huevos y los pollos que vende, se granjea un particular peculio suyo que le permite dar tres ó cuatro veces en las grandes festividades del año á sus hijos arroz y gallo muerto, cual nosotros decimos. El marido cria corderos algunas veces, y cerdos siempre, ora para regalo de la familia si está bien acomodada, ora para venta y comercio en las ferias. No hay barraca de arrendatario en nuestras provincias meridionales que no tenga su correspondiente gorrinera. Pues los gorrinos pertenecientes á su padre llevó muchas veces Sixto V al encinar cercano; y los gorrinos de su padre condujo al pobre hogar cuando caían las sombras de la tarde y sonaba la oración en la parroquia.

La escuela ortodoxa, en su afán por cortar la historia sobre los patrones de su fanatismo, pone á empeño negar que guardara el gran Papa cerdos, y reduce su pastoreo á la guarda solamente de tímidas y limpias ovejas. Parece imposible que los más supersticiosos escritores católicos no comprendan cómo enaltece y honra el ministerio pontificio esta sublime ascension de los Pontífices desde las últimas y más bajas clases sociales á los esplendores de la tiara y á las eminencias del trono. Si en algún Papa está patentemente marcado el sello de su origen es, á no dudarlo, en este Papa, plebeyo de cuna, pobre y hasta misérrimo en su juventud, mendicante de profesión, y franciscano de orden. El recuerdo de sus primeros años le llevó á dos trabajos igualmente saludables para sus Estados que honrosos para su nombre; al trabajo de limpiar el reino de bandidos y al trabajo de proveer al tesoro de recursos. Indudablemente, allá en sus mocedades, había visto y tocado cómo la miseria engendraba las turbas de bandoleros; y cómo la penuria de las arcas pontificias impedía la necesaria defensa. De su origen humilde proviene, á no dudarlo, el orden, el arreglo, la economía, las grandes aptitudes administrativas de Sixto, así como proviene también del humilde origen aquella creencia de que nada le podía ser imposible, cuando de pastor de los puercos de Montalto se había convertido en pastor de las almas en el cielo. De aquí las dos cualidades culminantes de Sixto V; la mirada segura en los asuntos económicos y administrativos del reino, y la ambición y el fanatismo en los asuntos referentes á la humanidad y á la Iglesia. Quien organizaba con tanto acierto los ingresos pontificios; quien distribuía con tanta estrategia las fuerzas defen-

sivas de Roma contra los poderosos bandidos de Italia; en refiriéndose á internacionales asuntos, deliraba sin tasa, y creia poner la cruz con su propia mano en la rotonda oriental de Santa Sofía, encadenando el Gran Turco á sus plantas; someter el autócrata de los moscovitas al rey de los polacos, encargándoles á los dos la defensa y apostolado de la idea católica entre los pueblos del Norte; enviar á Siria hábiles trabajadores italianos, encargándoles de traer, aunque fuese robado, el Santo Sepulcro á Italia, para ponerlo bajo una cúpula magnífica, propia de tal reliquia, en el sitio por donde habia conducido sus ganados y soñado alguna vez con todas estas increíbles grandezas; persuadir á Enrique III para que abandonase la corona de Francia en manos de uno de sus sobrinos, el cual, agigantado y ennoblecido ya por su parentesco estrecho con el jefe de la cristiandad, podria de seguro llevar una infanta de la familia real española á su trono y establecer así la paz completa y eterna entre las primeras naciones católicas del mundo.

Sixto V llegara con dificultad suma, en aquel tiempo, á la corona, si no existiera la orden de los franciscanos, en la cual pudo ingresar, ennoblecándose moralmente, y continuando, á pesar de tal engrandecimiento, en su primitiva miseria. Ya en una orden monástica, nada tan fácil como encontrar en el púlpito un pedestal del verdadero mérito, y en los trabajos literarios, á que daba tanto lugar el apartamiento de las cosas mundanales, títulos y timbres para subir á las alturas y eminencias del clero. Sixto nunca se olvidó, nunca, de su origen. El empeño mismo en rehacer la papal hacienda prueba cómo sentia que la Iglesia pudiese pasar por los apuros y por los dolores de la miseria. A este fin se propuso exterminar los bandidos, que obligaban á sostener un ejército numeroso de gendarmes para combatirlos, y de bien pagados espías y esbirros para celarlos. Ningun escrúpulo detuvo al fraile franciscano y ninguna consideracion humana en esta obra de reforma. Persuadido de que no se curaba tanto mal, sino por un fuerte cauterio, apeló al mas exagerado terror, y ejerció la mas implacable crueldad. Y esto desde los principios de su pontificado. El dia de su coronacion hallábanse puestos en capilla, y cercanos á la horca, unos cuantos jóvenes, por la ligera falta de llevar en sus correrías armas prohibidas. Creyeron algunos cardenales oportuna la intervencion por tales infelices, en aquel solemne momento, cuando la primer

corona del mundo cubria el cerquillo de tan humilde fraile, y al salir de la coronacion y sus ceremonias, vieron con horror las pobres víctimas colgadas todas de la horca, cerca de los balcones mismos de San Pedro.

Creeríais leer una página de Suetonio y de Tácito, cuando leéis las apologías escritas por sus propios partidarios, sobre la fuerza y violencia del empuje con que Sixto limpió la monarquía eclesiástica de bandidos. Resistióse un joven á entregar su asnillo á los soldados del Papa, que requisaban las bestias de carga; pues le ahorcaron. Se resistió un terrateniente á defenderse ó á limpiar su tierra de muchedumbres sospechosas; pues le confiscaron sus bienes. Todo aquel que gozaba de alguna jurisdiccion, juez, alcalde, señor, tenia que pagar las reparaciones de los robos hechos en sus dominios con las propias particulares haciendas. Pusiéronse á precio las cabezas de los bandidos; y las pagaban, no el tesoro apostólico necesitado de muchos rendimientos y pocos gastos, las familias de los reos, y en caso de resultar muy pobres, y faltas de todo recurso donde agarrarse la codicia del fisco, los vecinos del pueblo de su nacimiento. Dos mil escudos entregó por la cabeza de un célebre bandido de Viterbo, colgada en las cercanías del Vaticano con una corona de talco para mayor irrisión, como si Roma fuera Constantinopla y todo un Papa el Gran Turco. A los parientes del bandido Fara les exigió en el plazo de un mes su cabeza, conminándoles con que, si no la entregaban, los descabearia él inmediatamente á todos. Tronco y cabeza cayeron antes del plazo á sus piés. Cerca de Urbino apeló á una traza bien horrible, que no creyéramos, si no la contaran todas las memorias de su pontificado, y no la repitieran todos los historiadores de crédito. Infestaban aquellas comarcas varios porfiados bandidos; y como no pudiera echarles mano con violencia, recurrió á una estratagema con perfidia. Cargó treinta mulos de toda clase de viandas, y los expidió por aquellos caminos y veredas. Viéronlos en seguida los bandidos; y se lanzaron sobre tan rica presa. Gran festin, á consecuencia del robo, comido en compañía de amigos y deudos, con esa triste algazara, propia de quien desea ensordecir con el estruendo y ahogar en el vino sus remordimientos. Mas, al poco tiempo, se sintieron mal todos cuantos habian comido la rica presa, y espiraron uno á uno en menos de veinticuatro horas. Los víveres habian sido envenenados, y la noticia del envenenamiento, reci-